

Facundo Tomás, Isabel Justo, & Sofía Barrón, eds. *Miradas sobre España*. Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial, 2011. 492 pp. ISBN: 978-84-15260-01-1.

Reviewed by Luis Bautista Boned  
Universitat de València



El libro, de corte multidisciplinar, recoge un buen número de trabajos (en concreto 30) firmados por importantes personalidades del mundo académico europeo y americano. El objetivo del volumen es ofrecernos una variedad de reflexiones sobre un tema difícilmente agotable: la representación cultural de España. Sin pretender dar cuenta de todo el material aportado, trataré de organizarlo a partir de rasgos comunes, temáticos o metodológicos, entre los textos, al tiempo que trazo un recorrido temporal lineal, para comodidad del lector.

El volumen se inicia, cronológicamente, al filo del siglo XVII con varios artículos sobre la visión que de España tenían los extranjeros. Por un lado, los trabajos de Carlos Alex Longhurst y Christian Wentzlaff-Eggebert nos ofrecen sendos artículos sobre cómo la literatura fue utilizada para crear, o mejor consolidar, en Francia e Inglaterra una imagen muy negativa de España. El primero de ellos se titula “Visión literaria de España en la Inglaterra de 1600: tres tomases.” Los tres tomases son Tomás [sic] Kyd, Tomás [sic] Nashe y Tomás [sic] Middleton, y sus respectivas obras son *Spanish tragedy*, *The Unfortunate traveller, or The life of Jack Wilton* y *A Game at Chess*. En los tres casos, y por diversos motivos, se ofrece una pintura sórdida de España, de su mundo religioso y de sus gobernantes, jugando con los prejuicios del público británico de 1600 y agudizándolos. Wentzlaff-Eggebert es más explícito en el título que nos ofrece: “Miradas francesas sobre la España de Felipe III y Felipe IV: la literatura al servicio de la propaganda.” Una vez más, los libros construyen imágenes ficticias, interesadas, que son precisamente las que (mal)educan al lector en la otredad. El efecto se multiplica cuando el propio lector reclama visiones negativas exageradas como marco desde el que entender España.

Por otro lado, Teresa Ferrer se centra en la literatura de viajes en “La mirada desde afuera: extranjeros en España en el siglo XVII.” Recoge el artículo las impresiones de diversos personajes que visitaron distintos lugares de la geografía española. Tal vez el relato más interesante sea el del gentilhomme Lhermite, que llegó a España en 1587 procedente de los Países Bajos. La visión de este caballero, en principio cargada de prejuicios, se cruza con sus propios intereses, ya que venía a España a solicitar el favor de Felipe II. El resultado es un cuadro complejo, entre el rechazo y la aceptación, de muchos elementos de la vida española. La conclusión a la que llega Ferrer es que toda mirada está necesariamente construida desde los intereses de una subjetividad.

Todavía en los Siglos de Oro nos encontramos con otra mirada, esta vez la de un español: “Baltasar Gracián y Cía. Siete puntos para una derrota estética de la razón,” de Pere Salabert. El artículo gira en torno a una idea recurrente en la obra de Gracián: es mejor dejar al auditorio ayuno que saciado de conocimientos, de ahí que el autor deba utilizar toda clase de recursos para embelesar a su auditorio sin desvelarle el fondo, el conocimiento, que en todo caso debe quedar escondido, recóndito. Este subterfugio estético respondería, a juicio de Salabert, a la derrota intelectual de España, es decir, el deleite verbal ocultaría la carencia real de contenido.

Con María Dolores Albiac entramos en el siglo XVIII. En “Caminos, posadas, iglesias y palacios. La España que vio Jovellanos,” nos ofrece, a través de las cartas personales del ilustrado, un informe sobre la España que le tocó vivir. La visión de Jovellanos es doble: por un lado, se extasía con los paisajes que recorre; por otro lado, aprovecha el mal estado de los caminos y las pésimas posadas para exponer sus planes de reforma. Jovellanos, por encima de todo, ve en los españoles un problema de mentalidad, instaurado en todas las esferas sociales y que frena la evolución del país. El cambio sólo se producirá por medio de los ejemplos de conducta y la iniciativa individual, condensada en la discutible máxima kantiana: *sapere aude*.

En todos estos artículos la mirada es exterior, un estudio realizado sobre un objeto, España, que es descrito como un ente casi monolítico. El territorio, la organización política, religiosa y social, los habitantes, e incluso la lengua, todos los factores, lejos de conferirle complejidad y variedad, representan una realidad estable que es representada desde el prejuicio, la ironía o la voluntad reformadora. Todavía no ha aparecido Latinoamérica, ni África, ni siquiera la confrontación entre el centro y las “periferias” peninsulares.

No son pocas las miradas del siglo XIX, nacionales y extranjeras, que de alguna manera ahondan las visiones ya presentadas. Lou Charnon-Deutsch, en “Los grabados de Gustave Doré en el Tour du Monde,” nos recuerda que España, para buena parte de los europeos del norte, era el exotismo, la diferencia a la vuelta de la esquina, y por ello muchos viajeros británicos y franceses, en lugar de hacer el largo y pesado *grand tour* hacia África u Oriente Medio, se embarcaban en el *petit*, al sur de los Pirineos. Los relatos y las guías proveían la imagen de exotismo que los turistas venían a ver. Doré hizo el *petit tour* en 1862. En su visión, entre el estereotipo y la vivencia, la diferencia española quedó condensada en el gitano, nómada, pobre y miserable.

Otra visión negativa de España la encontramos en clave femenina en el texto de Pura Fernández: “Geografías culturales: miradas, espacios y redes de las escritoras hispanoamericanas en el siglo XIX.” El extenso y cuidadoso artículo nos explica la función cultural de las escritoras e intelectuales latinoamericanas “liberadas” de las dominaciones simbólicas: la masculina y la de dependencia cultural de España, a la que consideran, precisamente, causa del retraso latinoamericano; los ojos de la intelectualidad femenina hispanoamericana, como los de la masculina, se volvieron hacia Francia en busca de un referente cultural.

Carlos Reyero nos presenta un enfoque distinto en “Una señora de muy buen ver. La personificación de España como nación, 1812-73.” El artículo explora la representaciones icónicas de España durante esas décadas. Figura femenina, como es frecuente en la tradición latina, la imagen alegórica de España varió dependiendo del signo político en el poder. La alegoría evoluciona con el siglo, desde el optimismo liberal inicial hasta la depresión, la dejadez o el saqueo en los últimos años estudiados.

La entrada en el siglo XX llega marcada por la reflexión sobre el alma y la identidad nacionales. Dos de los artículos se centran en el conjunto de pinturas de Joaquín Sorolla sobre la vida “actual” de España y Portugal, encargada al pintor valenciano por Archer M. Huntington y destinada a ocupar la sala principal de la sede de *The Hispanic Society of America*, en Nueva York. El resultado es comentado de manera diversa por Francesc Fontbona en “Algunas miradas artísticas –parciales– sobre España,” y por Felipe Garín y Facundo Tomás en “La visión de España de Joaquín Sorolla.” Cuestiona Fontbona, no la indiscutible calidad pictórica de la serie, sino la “actualidad” de la visión ofrecida: se trataría en realidad, a su juicio, de una mirada rural y folclórica que seguiría la moda tradicionalista del regionalismo artístico. Se detiene Fontbona además en otros conjuntos: las personalidades culturales retratadas por el propio Sorolla para la *Hispanic Society*; el conjunto escultórico que ocupa la fachada de la Biblioteca Nacional de Madrid y *El Parnaso español, o La cultura española a través de los tiempos*, de José Garnelo y Alba, óleo de gran tamaño. En todos los casos, sostiene Fontbona, Castilla es el centro geográfico y simbólico de la península, y el castellano, la lengua que la expresa. Las periferias son incluidas por necesidad geográfica. Separatismo desde el centro, legitimado y representado sin complejos ni traumas, no, desde luego, como los que causa el separatismo desde las periferias.

Algo más compleja es la mirada de Garín y Tomás sobre la obra de Sorolla. Ven los autores una evolución del artista en su idea de la nación, desde su inicial aceptación de un nacionalismo centralista hasta su posterior entrada en el debate sobre la “España negra” (la meseta) y la “España blanca” (el litoral este). Terminó Sorolla señalando, igual que Blasco Ibáñez, el distinto signo que el país habría tenido de haberse volcado hacia el litoral este en lugar de hacia el centro. Más allá del mesiánico sueño melancólico de la España imperial acariciado por Maeztu en su *Defensa de la hispanidad*, tal y como lo presenta José Luis Villacañas en “Ramiro de Maeztu: España en el espejo,” fue evidente la imposibilidad de identificar o captar el alma de España, como explica José-Carlos Mainer: “*Alma Española* (1903-04): después del 98.” Entre lo teológico, lo estético y lo socio-político, alma es una de las palabras de moda en el cambio de siglo español. La mayor contribución, a juicio de Mainer, de la fugaz revista *Alma española* habría sido el giro estético del problema nacional que introducen sus textos. Toda España, y no sólo Castilla, es explorada por las plumas de la revista en busca de esa alma que se ajuste a un territorio, un estado e, incluso, señalaba Pérez de Ayala, una lengua y un pueblo que sí parecen reconocerse definidos.

Esa alma, ese carácter complejo no está en ninguna región en concreto ni en el difícil conjunto.

En la misma línea, Nil Santiáñez, en “Producción de espacio y literatura fascista,” afirma la imposibilidad de fundamentar la existencia de la identidad nacional. Su objetivo es explorar la creación simbólica del “espacio nacional” a través de varios textos escritos a propósito de la guerra del Rif. Las estrategias de la doble ocupación militar, espacial y textual, del territorio marroquí y el nacimiento del *habitus* (término tomado de Bourdieu) fascista durante las mismas terminaron siendo aplicadas por el ejército en la (endo)colonización moral, política y militar de España a partir del 36.

Joan Ramon Resina, en “El paisaje catalán visto como un cuadro,” nos ofrece otra reflexión sobre la engañosa asimilación espacio-identidad. Sobre la etimología latina de paisaje como espacio físico, experimentado en común, analiza la labor paisajística de la obra de Josep Pla, escritor de apariencias y sensaciones, e inmenso depósito de la memoria catalana del XX. El auge del paisajismo en Cataluña a lo largo del XIX coincide con el nacimiento de la conciencia de catalanidad, ambos en el tránsito hacia la industrialización y urbanización del territorio. El paisajismo pintaría la nostalgia de los lugares que desaparecen. Pla lo entenderá como lugar que sintetiza pasiones, ambiciones y limitaciones de varias generaciones, pero no se dejará vencer por el idealismo, consciente en todo momento de que todo paisaje pasa por el filtro del sujeto, que es el lugar en el que se produce tal vez esa síntesis.

Cronológicamente llegamos a uno de los episodios más complejos y controvertidos de la historia de España: la Guerra civil. Entre los textos que se sitúan en su órbita en el volumen, es ineludible el de Brad Epps: “Los avatares de la evidencia en *Morts a la plaça de Catalunya* de Agustí Centelles y *Contraataque* de Ramón J. Sender.” Epps escoge deliberadamente dos ejemplos que testimonian la muerte poco después del estallido de la Guerra civil: una fotografía, la de Centelles, y un texto autobiográfico, el de Sender, para analizar la diferencia de estatus entre ambos. Toma como referencia inicial a Susan Sontag (*On Photography*, 1977), que había hablado de *interpretación* en el caso del texto y de *transparencia* en el de la fotografía. Epps explora el carácter ficticio y a la vez documental de ambos soportes y de ambos productos concretos, para concluir que, pese a la aparente espontaneidad de la fotografía, la objetividad, la transparencia, es poco menos que imposible en España, dado el apasionamiento que suscita y las diversas versiones sobre la verdad del conflicto que todavía circulan. Cualquier intento por ponerlas todas en común parece condenado al fracaso.

Joan Oleza, por su parte, propone una posible manera de reconstruir la historia, en “De dentro hacia fuera y acerca de todo. La mirada autobiográfica,” se ocupa de *Pasado imperfecto* (1997) y *La casa del Olivo* (2004), de Carlos Castilla del Pino, volúmenes que conforman el relato vital en primera persona del ya fallecido psiquiatra y escritor. Oleza reflexiona sobre la renovada confianza en la veracidad de la historia perceptible en el cambio de siglo XX-XXI, como respuesta o como contrapartida, tal vez, a la larga crisis de credibilidad del discurso histórico en la Posmodernidad. Cruza

Oleza este renovado interés, y los nuevos modos en que ficción e historia se conjugan, con la inusitada eclosión del relato autobiográfico en las últimas décadas, también presentado en compleja conjunción con la ficcionalidad novelesca. Sobre estas bases, analiza el relato de Castilla del Pino (al que considera gran exponente de lo que él llama la “ley clásica del género” autobiográfico: la configuración del yo a través de la historia) como testimonio en primera persona de la Guerra civil, de la Posguerra y de la Transición. Narrador meticuloso, Castilla del Pino busca la exactitud referencial en el relato, casi más pendiente de recrear la época que su propia evolución. Es este esfuerzo el que lleva a Oleza a concluir que autobiografías como la de Castilla del Pino son herramientas que, cruzadas, podrían constituir un valiosísimo fresco epocal que nos ayudaría comprender con amplitud de miras la España de la República de Guerra, de la Posguerra o de la Transición.

Si continúo el repaso cronológico que he propuesto nos encontramos con tres artículos que podemos entender como complementarios. Lillian Llanes, en “Cuba y la República española,” hace un extenso repaso de las relaciones hispano cubanas y de la afinidad que buena parte de la sociedad de la isla caribeña mostró hacia la República tras el golpe del 36, así como el papel intelectual que jugaron los exiliados españoles en la isla. Un enfoque similar nos ofrece José Luis de Diego en “España y los intelectuales y escritores argentinos exiliados durante la última dictadura,” pero su representación del exilio, como el título de su artículo explícita, explica en cierta manera el camino inverso: de Argentina hacia España en los años 70 a causa de la dictadura de Videla.

Todavía otro artículo se centra en la experiencia del exilio en las últimas décadas: “España, el otro de Hispanoamérica o entre orientalismos y migraciones,” de Hugo Achúcar. Al hilo del célebre libro *Orientalism*, de Edward Said, Achúcar evoca la visión que tenía España sobre los territorios y los individuos que antaño formaron parte de su imperio. De manera similar, una mirada “orientalizadora” fue posteriormente aplicada a los españoles que emigraron a Latinoamérica. Achúcar nos invita a reflexionar sobre la condición de “otro,” condensada en el “gallego” y en el “sudaca”, que los hispanos de una y otra orilla son susceptibles de sufrir.

Cierro esta reseña sumándome a la propuesta de Luisa Elena Delgado: “La mirada astigmática y los contornos de la literatura española.” La profesora venezolana observa el trasfondo que ha imperado tradicionalmente en no pocas historias de la literatura española, cuyos textos y autores eran seleccionados por ser supuestos portadores de cierta idea de nación. Muchas realidades literarias eran necesariamente excluidas y la complejidad cultural y lingüística de España quedaba obviada. Son muchos los interrogantes que plantea la realidad literaria ibérica (y latinoamericana), y tal vez deba realizarse una revisión de los conceptos generales críticos y filológicos, para empezar a comprender la complejidad del mundo literario hispánico.

Hasta aquí mi mirada sobre el libro. Complejo y estimulante, está cargado de datos y de potenciales lecturas sobre un tema que es objeto de constante de reflexión.